EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

18-08

DEL MOVIMIENTO A LA MOVIDA

Tercer tramo narrativo-3-2

Emilio Sola
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 06-04-2010, 02-06-2012 y 11/11/2026
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

***

Cuando aparecía alguna foto en los cuadernos negros, los amanuenses se reían: "¡Vaya pintas!" Y aprovechaban para ir a visitar a J.B., que siempre encontraba un hueco de su tiempo para recibirlos y estar con ellos un rato de charla. Había fotos de María López, de Elena Murilla y del propio joven poeta, con aspecto cada vez más alejado de aquel graduado formal y aniñado de las primeras fotografías. J.B. no se reconocía en ellas para nada, ni sus asistentes ocasionales, chicos y chicas desinhibidos y jolgoriosos, le reconocían a él tampoco en ellas, por lo que sonaba natural que J.B. se refiriera en tercera persona al narrador como si fuera alguien ajeno, otro. Porque era así. Dos fotos de carnet llevaban la siguiente explicación: "Esta foto fue hecha a la llegada de Ibiza del año pasado, para dar el cursillo de verano de agosto. Se ven las piedras y la cruz que perdí en Arenas de San Pedro. Esta segunda foto es poco después; mi prima me cortó con una tijera la parte de abajo del pelo, y quedé así. Las dos están hechas en Arriondas, en casa de Jesús el de la Fortuna."

De nuevo la literatura de avisos, bien especificadas fechas y procedencias, voluntad de constatación, de documentación. Tal vez neurosis. Verse, saberse, narrarse. Desde ese camino izquierdo de mándala elegido, aunque sin saberlo, el deseo de comprender y comprenderse. Una cruz – único vestigio de un pasado que olvidaba a marchas forzadas – perdida en una borrachera una noche en una sierra en una excursión de verano, en un relato mítico podría simbolizar la pérdida del último signo material de ese pasado que aún – estaba lejos de ello – no había sido capaz de racionalizar, pero que ya sabía que había desaparecido de su vida. De ahí, sin duda, la reiteración en el balance provisional de ella como punto de partida.

***

Madrid, 8.VIII.1972

Tengo veintiséis años, he hecho el doctorado de Historia; durante dos años he dirigido el seminario de Extremo Oriente en la cátedra de Moderna de la Universidad de Madrid; tengo gran futuro, si trabajo, según los técnicos en estas materias; llevo clases en un centro privado de prestigio (C.E.N.P.) en Madrid; tengo amigos, una casa, algún cuadro, un libro de poesía, inédito por mi congénita indolencia y por las dificultades inherentes a este tipo de escritos, una pequeña obra de teatro, un guion de cine y una ambiciosa novela comenzados, un artículo en *Sábado Gráfico*, creo o intuyo que para recoger, sobre los hombres de Mao que hoy gobiernan en China, y este extenso medio diario o así; un proyecto de historia sobre drogas, a raíz de unas clases que acabo de comenzar con un chico multimillonario panameño, Gabriel Lis (Lewis), en la clínica del Dr. Lopor (López Ibor) por asunto de drogas, y nada más. Casi imposible encontrar una mujer; un día valiente lo narraré con detenimiento; muchas experiencias, quizá demasiadas, en todos los campos, y una inmensa tristeza algunos días. Regular salud desde hacer tres o cuatro años, miedo a veces de morir muy pronto, ganas de dormir y no hacer nada en otras ocasiones. Me gustaría ser un gran revolucionario del tercer mundo, pero no sé ni puedo; me gustaría ser marxista sólo porque aquí es ilegal, pero no sé si puedo. Me parecen unos héroes los terroristas árabes de Múnich, pero tengo verdadero pánico – no

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

es exactamente eso –, como me parecen admirables todos los jóvenes anarquistas – terroristas que se entregan a la violencia como única forma posible de acción. Lo mismo, todos los marginados de la tierra, incluso los drogadictos, más aún los drogadictos y escapistas de todo tipo de la tierra – yo quizá esté en algún grado de alcoholismo mínimo peligroso. Y estoy a punto de abrir un bar con unos amigos para ganar dinero, eso que siempre tuve escaso y con lo que aún no sé qué haría. Contradictorio, sentimental, amante del riesgo y lo prohibido, impenitente buscador de sensaciones y experiencias, sin nada serio a qué asirme – tal vez lo tuve un día –, cariñoso, pulcro, siervo de las apariencias, ansioso de libertad – adoro la China de Mao, nunca podría vivir en ella –, compasivo, indolente, desamorado, trabajador en ocasiones y no sé cuántas cosas más… ¿Qué hacer? "Tal vez un día me convierta en árbol, tal vez encuentre la felicidad entonces".

***

> Enternecedor. El laberinto. Ilustrado: los amanuenses mostraron a J.B. un montón de fotos y recortes de prensa, al menos inquietantes; una foto de los tres terroristas palestinos de Múnich, y otras cuantas más sobre los tres supervivientes palestinos de la matanza; un par de recortes de prensa sobre "Incidentes en las pruebas de ciclismo. Tres jóvenes quisieron participar en representación de Irlanda del Norte", con un comentario irónicamente atrabiliario: "Admirable, poético, precioso este mundo de los símbolos, de lo inútil y de antemano sin futuro". Estaba relacionado con unas olimpiadas que se celebraban en ese momento. Otro recorte de prensa sobre "Motín juvenil en cárcel", en Belfast: unos presos se rinden en el tejado de la cárcel cuando se quedan sin piedras y sin tejas que arrojar a la policía. Nuevos balbuceos. Un dibujo inestable con botellas. Avisos metaliterarios. Y, al final del verano, la proximidad de la tragedia, anunciada en los *cuadernos negros* con la inclusión de un objeto, una entrada usada de cine, de alguna manera un objeto literario también.

***

> Madrid, 18.IX.1972

Ayer domingo protagonicé un suceso escalofriante. Cuando el jaleo de la filmadora de Ahmed y la policía, a pesar del peligroso trasmundo que me mostró, de lo espectacular del caso para mí, tal vez por eso, me ilusionó un poco e incluso me hizo escribir unos versos, muy breves, que coloqué en el poema aún no terminado – nueve meses ya – a Cristina Spengler, esos de "cuando –y seguían versículos largos sobre la invasión de las civilizadas ciudades del norte por gente del sur, sobre todo africanos -… entonces habrá llegado el día en que la justicia comience a triunfar en la tierra", o algo así. Pero lo de ayer fue distinto, más lúgubre, más procaz, peligroso y sórdido.

Por la mañana me fui a la clínica del Dr. Lopor a buscar a Gabriel Lis para llevármelo al Museo Arqueológico, espléndido ahora tras las ampliaciones de las salas bajas; después de la clase en el museo, nos fuimos a casa de la señorita Alba, de la embajada de Panamá, en donde nos tomamos algo de cerveza y güisqui; almorzamos en una cafetería cerca de la casa Gabriel y yo, finalmente, me vine a dormir; estaba cansado y con un

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cierto embotamiento de la cabeza a causa del alcohol, y Gabriel se fue a pasar la tarde al apartamento de la señorita Alba.

Tenía planeado escribir por la tarde algo en la novela, o historia real, que estamos preparando Gabriel y yo sobre sus últimas experiencias de drogas, cárcel, policía y sanatorio psiquiátrico Lopor, pero después de dormir hasta las siete y media aproximadamente, malditas las ganas que tenía de ponerme a ello. Me fui – como tantas otras veces en estas circunstancias, y sin querer irme al centro, al Gijón, a tomar algo – al cine que está al lado de casa, el *López de Hoyos*.

Me senté en mi butaca, era una película del Oeste moderno de Spencer Tracy y otra cómica americana, poco me importaba, solo, sin nadie en mi fila, arriba, donde suele haber menos gente y atmósfera menos pesada. Delante justo de mi había sentados dos niños, un niño y una niña de once años, luego lo supe, y sí me fijé que un señor, al parecer de barbas y gafas, como yo, se sentó al lado de ellos; me di cuenta de ello porque a su lado, hacia el pasillo, quedaban sitios libres en abundancia y él sin embargo se acomodó al lado de la niña, cosa poco frecuente si no es uno de esos personajes típicos de los cines que buscan aventuras extrañas. La primera impresión que me dio el señor era de gitano, no sé por qué, que husmeaba algo.

Se marcharon luego, bastante pronto, no le di importancia al hecho, y al rato llegó el acomodador y me rogó que saliese con bastante malas maneras. Por lo que supe después había transcurrido bastante tiempo, pues los niños cambiaron de butacas, el señor detrás de ellos, se salieron del cine, fueron a su casa, la niña comentó el toqueteo que sufrió por parte del señor, volvieron al cine su padre, su madre, otro niño más, y el niño y la niña en cuestión, avisaron al acomodador, a un expolicía que andaba por allí, a los grises del cuartelillo, subieron a las butacas donde habían estado sentados y me cogieron, con barbas y gafas, como el presunto autor de la acción de corrupción de menores.

De entrada, me creí que el señor de delante les había robado algo, pero al momento me di cuenta de todo. La niña decía que era yo, con gafas y barba; la madre me insultaba y repetía con frecuencia que si no había putas suficientes con ganas de guerra para que yo me metiese con su niña, me llamaba degenerado y cosas así, excitada y provocativa; el acomodador, con enfado aparatoso – "este cabrón, me cago en la" –, que me conocía de verme de vez en cuando por allí; el padre, con ademanes a veces de querer pegarme, a veces de querer hablar o parlamentar o qué sé yo; la tía armando alboroto también, y la niña, cuando le preguntaban, que era yo, con barbas, con gafas, vestido de oscuro. Me veía totalmente acorralado, sin posibilidad de palabras razonables ante la panda de histéricos, el expolicía mirándome sin saber qué pensar, yo, "por favor…", y nada, acallándome con sus exclamaciones obsesivas.

Algunas personas salían de la sala y me miraban o nos miraban perplejos, luego con comentarios y sonrisas, hasta que uno de los matrimonios que salía intervino. Estaban sentados al lado de los niños, me habían visto sentado justo detrás de ellos, habían contemplado la escena del hombre, la inquietud de los niños, su salida de la fila, mi permanencia en el mismo lugar, detrás de ellos, y mi detención. Cuando llegaron los dos grises avisados previamente, explicaron todo y nos llevaron al cuartelillo cercano, no

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

más de doscientos metros. “Por favor, no me dejen solo”, le dije al matrimonio, y ellos accedieron a venir para aclarar el asunto.

Pero el padre de la niña, y ahí estaba la nota negra de la situación, seguía empeñado en que yo fuera la víctima del ultraje de su hija, alegando que podía estar conchabado aquel matrimonio conmigo, y no sé cuántas estupideces más. A mí me daban ganas de llorar, veía el peligro que había corrido estúpidamente y sin pretenderlo, el matrimonio aquel era mi auténtica salvación, y en vez de salir mi agresividad me mostré agradecido con él, con el comisario, que vio con lucidez la absurda farsa, con los guardias, qué sé yo, sin mirar, de coraje que me daba, a aquella niña, a su madre, a su padre, a todos sus acompañantes, mezquinas personas para mí con no sé qué secretos designios.

El comisario me dijo que podía irme, que no había pruebas, que sabía, por teléfono, lo de la filmadora, lo cual no tenía nada que ver con el incidente como antecedente, que la niña había descrito mi persona con minuciosidad, barbas, gafas, de negro, con botones blancos y lazos en los zapatos, y que la policía no podía acusarme así, sin pruebas; me di cuenta de que la niña no me había quitado el ojo de encima desde el cine, que siempre que me fijaba en ella se cruzaba su mirada al apartarse de mi persona, y me entró un coraje terrible por el hecho de que declarara del hombre que se había sentado a su lado todos los datos que había captado de mi en esos momentos posteriores; me dio coraje que el comisario no diese más validez a lo declarado por el matrimonio que a lo declarado por la niña; más coraje aún que el comisario no me dijese “váyase usted porque es inocente” sino “váyase usted porque no hay pruebas”. Fue lo más doloroso. Me dio unas palmaditas en la espalda, me dijo que no me preocupara, que no pasaba nada, que reconocía que era situación molesta, que era ridícula situación, pero en el fondo él pensaba sólo “no hay pruebas”.

Yo no sabía que dando mi nombre tan sólo por teléfono a la Dirección General de Seguridad pudieran allí encontrar mi conexión con el asunto de los robos de Ahmed y la filmadora, pero ahora sé que cuando llame algún policía con mi nombre allá tendré en la ficha dos notas: relacionado con un asunto de robos realizados por marroquíes o argelinos, relacionado con asunto de corrupción de una menor, de una niña, feúcha, delgaducha, de once años.

***

Un cuarto tramo narrativo es necesario ya…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6